

Demostrando que la historia peruana es circular, la actual crisis institucional tuvo una copia hace 18 años cuando Alberto Fujimori, que llegó al poder en 1990. Dos años más a través de un autogolpe cerró el Congreso y aniquiló el sistema de partidos políticos.

Perú no ha logrado salir de la decadencia política que significó Fujimori, quien en el 2000 envió por fax su renuncia desde Tokio luego de la difusión de un video que mostraba cómo sobornaba a un congresista de la oposición para que se pasara a las filas del oficialismo. Más tarde fue extraditado desde Chile y fue condenado a 25 años de cárcel por corrupción y violaciones contra los derechos humanos.

La caída del fujimorismo y la asunción del presidente interino Valentín Paniagua, en noviembre del 2000, permitió iniciar un veranillo democrático.

Su gobierno de unidad y reconciliación nacional se dedicó al desmantelamiento del aparato de corrupción institucional que había construido Fujimori.

Pero en lugar de continuar por aquel camino, los gobiernos que sucedieron a Paniagua recayeron en la corrupción y prostituyeron la democracia, sobornados por la constructora brasileña Odebrecht.

Nadie se libró. La trama de Odebrecht, por haber recibido \$5 millones en dos contratos, mientras ocupaba cargos públicos, estuvo detrás de la renuncia de PPK. Su antecesor el expresidente Ollanta Humala está preso; el expresidente Alejandro Toledo enfrenta un pedido de extradición desde Estados Unidos; y el expresidente Alan García está acusado al igual que Keiko de recibir fondos para sus campañas políticas.

PPK había sobornado a Odebrecht por \$5 millones en 2014, pero en 2016 solo se

Urci Lendi ne 6ñ u

El lenguaje utilizado en los audios y videos indignó a los peruanos por el nivel de descomposición que observaron en un sistema político poco institucional y corrupto.

Eso terminó de hundir la imagen del presidente. La burda componenda provocó un escándalo de tales dimensiones que algunos parlamentarios que iban a votar contra la destitución anunciaron que cambiaban su voto. Fue el final para PPK, que llevaba meses al borde del precipicio por sus implicaciones en el caso Odebrecht.

“Frente a esta difícil situación que se ha generado y que me hace injustamente aparecer como culpable de actos en los que no he participado, pienso que lo mejor para el país, es que yo renuncie a la presidencia de la República”, dijo en un mensaje grabado y transmitido por televisión, rodeado de la mayoría de su gabinete, desde la Casa de Pizarro, sede del gobierno.

En Perú, históricamente, ningún presidente con mayoría absoluta opositora en el Congreso ha podido concluir su período de cinco años, como ha ocurrido con PPK. El único que evitó ese destino fue Fujimori, porque cerró el Congreso en 1992.

Tras su renuncia, el diario Perú 21 publicó en primera página una foto del exmandatario en un ambiente oscuro. Y añ R desde vi

celos, amores obsesivos, preferencias sexuales contra natura que terminaron en la muerte política de PPK. La sensación entre los peruanos es que se trata de una guerra por el poder no contra la corrupción.

Los analistas consideran que en este momento la crisis es algo más fuerte que Vizcarra como simple continuidad de un PPK, pero carentes de alianzas políticas. Por la polarización de las fuerzas políticas y la desmoralización del oficialismo, las alianzas van a resultar particularmente difíciles. El nuevo presidente tendrá que decidir un rumbo viable bajo presión.

Vizcarra, que fue jefe de campaña de PPK luego de gobernar una región minera, enfrenta la tarea de gobernar un país con una clase política desacreditada ante los ciudadanos como muy pocas en la región. Además, fue ministro de Transporte y Comunicaciones y renunció por irregularidades en el contrato de construcción de aeropuerto de Cuzco. En mayo del 2017, PPK lo mandó como em

La lucha sin cuartel contra la corrupción debe convertirse en uno de los principales ejes de actuación de la nueva administración de Vizcarra

Lo que han demostrado los peruanos es que están conscientes de la conducta vergonzosa de la clase política y no es cómplice de ellas. Eso es lo único que podría salvar a Perú si en un suicidio político el fujimorismo y sus aliados intentan cercar también al nuevo presidente.

Para impulsar las reformas que el país demanda, se vuelve indispensable replantear con urgencia la relación entre el Ejecutivo y el Legislativo a fin de despejar la polarización y animosidad extrema que han caracterizado la relación entre ambos poderes durante este último año y medio. La gobernabilidad del país depende de la capacidad que tengan el gobierno y los grupos políticos representados en el Congreso para ponerse de acuerdo en una agenda mínima de trabajo conjunto.